

CAPITULO LII.

Resolucion de Francisco de Garay de embarcarse para las Indias.

QUERIA don Mendo, aprovechando las buenas disposiciones de su hijo, enviarle á estudiar á Salamanca.

Su esposa doña Luz se oponia á separarse de él, y convinieron los padres de Francisco en que un fraile que vivia en el pueblo le enseñase latin.

Tambien le tomaron maestro de armas.

Grandes progresos hacia en sus estudios Francisco de Garay, especialmente en el manejo de las armas.

Todo revelaba en él al futuro guerrero, y aunque como es natural, esta inclinacion halagaba á su padre, doña Luz no transigia con la idea de que se alistase para la guerra.

Don Félix de Rodrigañez continuaba visitando la casa de nuestro héroe, y cada dia se captaba más y más las simpatías de los esposos.

Viendo éstos la amabilidad y el esmero con que cuidaba de su pupila Laura, convinieron en nombrarle tutor de Francisco.

Una epidemia de las mil que por aquella época habia en España, arrebató la vida seis años más tarde á los padres de Garay, y quedó este heredero de una pingüe fortuna.

Laura de Cevallos, que como recordarán nuestros lectores, teria un año más que Francisco, se hallaba en toda la plenitud de la belleza.

Se notaba en ella una gran predileccion hácia Francisco, y

desde el momento en que pudieron verse con más frecuencia los dos jóvenes, se convirtió la simpatía en acendrado cariño.

Dos años habian pasado desde la muerte de sus padres, y el sacerdote bendecia la union de Francisco de Garay con Laura de Cevallos.

Rodrigañez les puso en posesion de sus bienes, y despues de celebradas las bodas les manifestó su formal resolucion de retirarse á pasar el resto de sus dias en una de las provincias de Andalucía.

A pesar del cariño que manifestaba Laura á Francisco, á pesar de las comodidades que disfrutaban, comenzaba Garay á aburrirse de la monotonía de su vida.

Hablábase por entónces en toda España de las conquistas de América, y Francisco, que habia oido referir los mil episodios que la distinguian, deseaba con impaciencia alistarse para las Indias.

En un viaje que hizo con su tutor á Sevilla, habia tenido ocasion de conocer á Anton Perez, familiar del arzobispo de Búrgos, y recordando esta circunstancia pensó poner en juego su influencia para presentarse al prelado.

Comunicó su resolucion á Laura, y aunque ésta trató de disuadirle, lágrimas y ruegos fueron inútiles para que desistiera de su propósito.

Con gran acompañamiento, haciendo ostentacion de sus riquezas, encaminóse á Búrgos, y no tardó en presentarse en el palacio del arzobispo.

Proguntó por su eminencia, le pasaron recado y no tuvo á bien el darle audiencia.

Quería el prelado averiguar quién era el que tan vivos deseos manifestaba de verle, y que se presentaba con tanta esplendidez.

Como siempre, encargó esta comision á Anton Perez, y se alegró en extremo al saber los deseos que tenia Francisco de

Garay de emprender el viaje á las Indias, porque dada su ambicion, podia servirle de mucho.

Celebrando la ocasion que le deparaba la fortuna, dió orden para que se presentase Francisco de Garay.

Anton Perez fué à dar tan fausta nueva á su amigo, y un momento despues se presentó ante el arzobispo de Búrgos el ambicioso jóven.

La sagacidad que distinguia al prelado le hizo adivinar desde luego las especiales dotes que adornaban á Garay, comprendió lo útil que podia serle para realizar sus propósitos; pero como hombre de mundo, ocultó hábilmente la impresion que le producía su presencia.

—No podeis figuraros, amigo don Francisco de Garay, el sentimiento que he tenido en no poderos recibir cuando llegásteis la primera vez á mi palacio. Son tantas las ocupaciones que pesan sobre mí, que tuve que privarme de este placer.

Vuestro apellido me recuerda á mi buen amigo don Mendo de Garay, que indudablemente seria pariente vuestro.

—Era mi padre.

—Creo excusado deciros, que habiéndome unido tan buenas relaciones con él, será una satisfaccion para mí el poderos ser útil. Decidme sin ambages ni rodeos lo que deseais, y no dudeis que haré cuanto pueda por complaceros.

El obispo de Búrgos, que como ya hemos dicho, se habia enterado por Anton Perez de las pretensiones de Garay, y que conocia todos los detalles de su vida, para animar á su interlocutor y al mismo tiempo para ocultar los antecedentes que de él tenia, continuó preguntándole por su familia.

Al ver la buena acogida de que era objeto:

—Como ya he tenido el honor de manifestaros, dijo Francisco, mi padre don Mendo sirvió como capitán en los tercios de Flandes, y la narracion que le he oido de sus campañas ha despertado en mí la aficion á las armas

—Laudable es, en efecto, ese deseo, por más que yo, aun á trueque de quitaros una ilusion, os diga lo difícil que es realizarlo.

—Soy de la opinion de vuestra eminencia; pero no dudo que su poderoso influjo en el ánimo del rey nuestro señor podria inclinarme á que me concediese lo que deseo.

—Explicaos.

—Tengo una regular fortuna, y aunque disfruto con ella de muchas comodidades, no puedo resignarme á vivir ignorado en un pueblo, hoy que se presenta la ocasion de emprender un viaje á las Indias, adquirir gloria y honores, y volver á la patria á ofrecer al monarca las conquistas que se hayan hecho.

—Ambicioso sois, en efecto; pero son tantos los que se encuentran en vuestro caso, que no confio en que lograreis vuestro objeto. Para que formeis una idea del empeño que tienen algunos en emprender esa expedicion, básteos saber que hay quien ofrece fletar un buque.

—Yo fletaria dos, dijo febrilmente Garay.

—Es poco, sin embargo, porque como es natural, deseareis que se os confiera el título de adelantado.

El que obtenia este título tenia derecho al quinto de todo lo que conquistase, y por esta razon eran muchos los aventureros que deseaban ir á descubrir tierras en aquella privilegiada parte del mundo.

Francisco de Garay que deseaba à toda costa emprender el viaje, y que por otra parte disponia de cuantiosos recursos:

—Me comprometo solemnemente á fletar cinco buques, siempre que su majestad me conceda el título de adelantado de los países que descubra.

—Yo hablaré al rey, me interesaré en vuestro favor, y cualquiera que sea el resultado, lo pondré en vuestro conocimiento.

Francisco se despidió del arzobispo de Búrgos, y se retiró á la posada que ocupaba.

En toda la noche no pudo conciliar el sueño, pensando en cuál sería la resolución que adoptaría el monarca.

Dos días pasó en febril ansiedad, hasta que el tercero recibió un pliego muy abultado.

Era del arzobispo de Búrgos.

En él le enviaba su título de adelantado, varias cartas de recomendación para el gobernador de Santiago de Cuba, y le encargaba se pudiese cuanto ántes en camino, á fin activar los preparativos para fletar en Cádiz los cinco buques, y emprender directamente el viaje á Santiago de Cuba.

Francisco de Garay, ébrio de alegría, fué á dar las gracias á su protector, y aquel mismo día se puso en camino con dirección á su casa, para despedirse de su esposa.

CAPITULO LIII.

Donde se vé por qué razon se dirigió Garay á Pánuco.



Al verle entrar Laura con la mirada radiante de alegría, adivinó que se acercaba el momento de separarse de ella, toda vez que su viaje á Búrgos tenía por objeto obtener el permiso para su expedición á las Indias.

Francisco de Garay, alucinado por los proyectos que bullían en su mente, sin reparar el daño que causaba su júbilo á su esposa, le refirió la entrevista que había tenido con el arzobispo de Búrgos, y le enseñó su título de adelantado.

—Lo que es ahora, dijo con orgullosa satisfacción, nada tendré que envidiar á esos nobles que nos insultan con sus títulos y honores. Un presentimiento me dice que he de distinguirme en la conquista de las Indias, y estoy seguro que hasta tú misma, cuando me veas volver triunfante y envidiado de todos, te alegrarás de la resolución que he tomado.

—Más me alegraría de que correspondieras á mi amor, de que no te dominase esa ambición que ha de ser tu ruina, de que conservases en tu alma hácia mí, si no cariño, al ménos compasión.

—Vaya, vaya, déjate de filosofías. Cuando se siente bullir una idea en la imaginación, cuando esta idea nos persigue á todas horas, y teniendo recursos para realizarla no se lleva á cabo, francamente, no comprendo que haya nadie con tanta abnegación que renuncie á los nuevos horizontes que se le presentan.

Laura comprendió que todas las reflexiones que le hiciera serían inútiles, y resignándose con su suerte, hizo los preparativos para su partida, cuidando de esos mil detalles que una mujer cariñosa realiza siempre en semejantes casos.

Al día siguiente se despidieron los dos esposos; Francisco se dirigió á Cádiz acompañado de una gran parte de los que habían de tripular sus embarcaciones, y Laura, llorosa y acongojada, volvió á su casa, habiendo obtenido de su esposo la promesa de que siempre que pudiera tendría noticias suyas y de que le concedía permiso para ir á vivir con una prima suya, casada con un caballero de la corte.

Francisco continuó su camino, llegó á Cádiz con toda felicidad; por medio de cartas de recomendación que también llevaba de Anton Perez, favorito del arzobispo de Burgos, encontró poderosos auxiliares para su empresa, y una vez dispuesto todo se dió á la vela con dirección á Santiago de Cuba.

La travesía fué completamnte feliz, y al saltar á tierra la primera noticia que recibieron fué la derrota de Pánfilo de Narvaez.

Entre los que le dieron esta noticia y otras referentes á los sucesos que allí habían tenido lugar ántes de su arribo, llamó su atención desde luego don Lope Barbadillo por los muchos conocimientos que tenía de náutica, y más que nada por su carácter expansivo y lo iniciado que estaba en las costumbres de los indígenas.

Simpatizaron desde luego, y con esa franqueza que se establece entre dos que se encuentran á mucha distancia de su patria, manifestó Garay á Barbadillo su propósito de ir á Santiago de Cuba á ponerse á las órdenes de Velazquez.

—No hareis bien, á mi juicio, en tomar esa resolución, por dos razones. La primera, porque la gloria de vuestras conquistas sería para Velazquez; y la segunda, porque en la parte del Yucatan, por donde fué Pánfilo de Narvaez, se conoce que Her-

nan Cortés tiene grandes influencias y amigos, puesto que tan fácilmente pudo vencer á su enemigo.

—¿Y qué me aconsejais vos? exclamó Francisco de Garay.

—Difícil es dar consejo en esta ocasión, dijo Barbadillo, máxime cuando las consecuencias pudieran ser fatales.

—Yo confío, sin embargo, en vuestra bondad y en el conocimiento que teneis del país, y no vacilaré un momento en poner en práctica lo que tengais á bien aconsejarme.

—Ya podeis suponer que mi mayor deseo en esta ocasión sería poder ser útil; pero un consejo para adoptar cualquiera determinación no sabemos las consecuencias que puede ocasionar. ¡Qué remordimiento para mí si por mi causa sufriérais algún desastre!

Además, que aquí no puede formarse juicio, no sólo exacto, ni aun aproximado, de lo que puede ocurrir.

Los indios, que á lo mejor se presentan respetuosos ante nosotros, que procuran agasajarnos, que nos consideran descendientes del cielo, aconsejados por los teopixques ó sacerdotes, esgrimen sus armas contra nosotros, y aunque casi ajenos al arte de la guerra, la verdad es que con su valor, con su arrojo, con su ferocidad, teniendo también á su favor lo numeroso de su ejército, combaten desesperadamente con nosotros y nos ocasionan grandes pérdidas.

—No se me ocultan esos peligros, no los temo, y lo único que os suplico es que vos, conocedor como sois del terreno, me indiquéis el sitio á que debo dirigirme, donde venciendo obstáculos, si no perezco en la lucha, pueda conseguir el objeto que me ha impulsado al venir á estas lejanas tierras.

—En ese caso, os diré que al Norte del imperio que está conquistando Hernan Cortés hay un país muy rico, que se llama Pánuco, y yo creo que es el que debeis preferir, porque no tengo noticia de que haya llegado allí ningún español.

Francisco de Garay agradeció el consejo de Barbadillo, y

reiterándole su amistad, dió las órdenes necesarias á su gente para emprender el viaje con direccion á Pánuco.

Por esta série de circunssancias, Francisco de Garay habia caído en poder de Nazatcotlan.

Volvamos ahora nuestros ojos á los compañeros de prision del capitan español, don Lope de Barbadillo y Catalina, y asistamos á la entrevista que celebraron en la triste y lóbrega mansion en que se hallaban reunidos.

CAPITULO LIV.

Ingenio de Barbadillo.

BARBADILLO fué el que rompió el silencio, y dirigiéndose á Francisco de Garay, que sufría horriblemente al ver el mal éxito que habia tenido su primera tentativa, y que temia por su vida, toda vez que se hallaba en poder de Nazatcotlan, que tan cruel se mostraba con los españoles; Barbadillo, repetimos, le dijo:

—No desmayéis tan pronto, amigo mio. Grave es, en efecto, nuestra situacion; pero no lo es tanto que desesperemos de salir de ella. Nazatcotlan, por lo que he tenido ocasion de observar, es implacable con los que se muestran arrogantes, y compasivo con los que aparecen sumisos.

Quando comparezcai en su presencia mostraros humilde; yo pondré cuantos medios me sugiera mi imaginacion para inclinarle en vuestro favor, y no lo dudeis, las razones que pienso alegar mejorarán nuestra situacion: verá en nosotros unos auxiliares poderosos para su causa, y cuando hallamos logrado inspirarle confianza, nos será fácil evadirnos, si es que ántes no hallamos otro medio de conseguirlo.

Francisco de Garay se disponia á preguntar á Barbadillo qué medios se proponia emplear para realizar lo que le ofrecia, cuando se oyeron pasos en la galería que comunicaba con su prision, pasos que cada vez fueron haciéndose más perceptibles.

Un momento despues se abrió la puerta, y Nazatcotlan, se-